

MAS SOBRE LOS MENDIGOS

Por Sebastián SA LAZAR BONDY

Todos los esfuerzos para resolver el problema de la mendicidad son loables, la mayoría, sin embargo, están errados. Ultimamente se ha creado conciencia acerca de este mal social y no ha faltado quien apuntase, tácita o expresamente, la hipótesis de que la mendicidad es ficticia, profesional. Existe evidentemente un "modus vivendi" que, al socaire de la miseria, la revierte en singular fuente de ingresos. No obstante, generalizar al respecto es salir del foco de la cuestión. Hay falsa mendicidad porque hay mendicidad. En todas las actividades humanas sucede lo mismo: la negación comporta la previa afirmación. Prolifera el curandero en una sociedad en que existe medicina, se dan tinterillos en un conglomerado donde hay juristas, existe el "editor pirata" ahí en donde prospera una industria editorial, etc. El falso mendigo aprovecha de la creciente cantidad de legítimos mendigos. Aquél es oficio de país pobre, de país hambriento y sin ocupaciones bien retribuidas.

La persecución policial o municipal no es el mejor método de acabar con la mendicidad, ya lo sabemos. Si el problema tiene raíces sociales y económicas de dimensión nacional, es preciso desterrar la enfermedad acabando con sus causas profundas. No hay otro camino. Cuando sea superado el subdesarrollo y haya trabajo y pan para todos, no habrá mendigos. Pero si las autoridades se empeñan en desterrar los síntomas visibles de la crisis económica sin dirigirse a la fuente del malestar, obran como el ingenuo que intenta paliar un dolor que proviene de un hondo traumatismo mediante una aspirina. No hace falta ni siquiera realizar inventarios o investigaciones sobre el número y la procedencia de los pordioseros. Bastan, al efecto de una verificación sería acerca de la creciente plaga limeña —en realidad, peruana—, los informes de la CEPAL, de la Misión Little, del cuadro trazado por la Misión Lebet, de las estadísticas, inclusive, surgidas de organismos locales. Y contra el subdesarrollo no hay que oponer otra cosa que el desarrollo, el cambio de estructuras y la planificación técnica en todos los aspectos de la estancada e injusta realidad nacional.

El individuo que se "profesionaliza" en la mendicidad actúa movido por las circunstancias objetivas. Nadie elige la indignidad —y extender la mano en la vía pública, mostrando la lacra y el fracaso, es elegir la indignidad— si no se le coloca ante la alternativa de la muerte o el parasitismo social. El reparto de los "mercados", los sistemas de compulsión de la caridad, el disfraz adecuado, etc., todos los medios de que se vale el mendigo profesional para acrecentar el producto de su quehacer (o trabajo), vienen por añadidura.

Conviene estudiar el asunto racionalmente. Borrar la patética realidad con una teoría es imitar a la avestruz, lanzar la fuerza pública contra las evidencias de un mal de fondo es olvidar que sólo se consigue la verdad liberándose de los prejuicios, persuadirse a sí mismo de que se está exento de culpabilidad porque el dolor no depende directamente de uno es encerrarse en el yo como en una cárcel. La gente que, carente de empleo, habitante de chozas de estera, vestida con harapos, víctima tal vez de un flagelo físico, está bordeando la mendicidad sólo necesita para caer en ella ese leve impulso que decide a un ser a olvidar su condición de persona autónoma. El dinero tiene que llegar a sus manos por alguna vía. Vallejo ya escribió, desgarrado, sobre "la cantidad enorme de dinero que cuesta ser pobre". Hagamos nuestras, como una convicción, estas tristes palabras, y comprendamos antes de proceder.